

algar



COLECCIÓN  
CALCETÍN

# La bruja Teresita

Josep  
Gregori

Dibujos de  
Ferran  
Boscà



1

El nacimiento

Cualquiera que hubiera pasado aquella mañana de verano cerca de la sección de maternidad del Hospital General para Brujas El Murciélagu Alevoso habría oído unos gritos desesperados capaces de conmover a las mismas piedras:

—¡Ay, señor, señor! Esto no puede ser. Tiene que tratarse de un error. ¡Es espantoso! ¡Estaré soñando, seguro!

La persona que así se expresaba era Avelino Limaco, el cual, antes de lamentarse tan desconsoladamente, se había pasado dos horas caminando arriba y abajo por la sala de espera de la sección de maternidad, mientras su mujer, la bruja Estremecida, intentaba que la criatura que había llevado

en su vientre durante nueve meses viera la luz de este mundo.

La razón por la que el señor Limaco se tiraba de los pocos pelos que aún le quedaban, al tiempo que pegaba puntapiés a todo el mobiliario que se le ponía por delante, era el terrible aspecto que, según le había comunicado la enfermera, presentaba su hija, el bebé que acababa de nacer.

—¡Seguramente será un error! —dijo el señor Limaco tan pronto conoció la noticia del nacimiento de aquella criatura tan desagradablemente fuera de lo común.

—Ya sé que es terrible para usted aceptar el hecho de tener una hija así, pero yo misma le puedo asegurar que no ha habido ningún error: se trata de su hija, aunque sea tal y como yo se la he descrito. Tómesele con calma. Hasta las cosas más terribles resultan más llevaderas si se aceptan con buena voluntad y algo de paciencia.

—Pero... ¿qué dice? —le replicó furioso el señor Limaco—. ¡Cómo se nota que no es usted quien ha de cargar con la desgracia!

—¡Eso también es verdad! Desde luego, si yo hubiera tenido una niña como esta, seguro que me habría muerto del disgusto. ¡Ah!, otra cosa, señor Limaco: afortunadamente, su esposa está aún bajo los efectos de la anestesia y todavía no sabe nada de esta desagradable jugarreta del desti-

no. Yo no tengo suficiente valor para decírselo, de manera que, como usted ha de verla, si fuera tan amable de comunicárselo cuando ella se despierte, le quedaré muy agradecida... Hay ciertas tareas en este oficio mío que resultan muy desagradables... Usted lo comprende, ¿verdad?

La enfermera se vio obligada a desaparecer como un relámpago de la sala de espera, porque el hombre, completamente enfurecido y fuera de sí, había perdido la compostura y había empezado a lanzarle revistas a la cabeza. Eso de tirar revistas como si se hubiera vuelto loco no lo hacía porque hubiera advertido que se trataba de ejemplares atrasados, cosa que, como sabéis, es absolutamente normal en las salas de espera de las clínicas, sino porque, como habréis adivinado, estaba rabioso. En aquellas circunstancias tan delicadas, cualquier persona con dos dedos de frente habría hecho muy bien evitando tropezarse con el señor Limaco.

Poco a poco, el nuevo padre fue tranquilizándose, no sin antes haber destrozado completamente algunas butacas, todas las revistas, tres cuadros y una lámpara (hay que aclarar que aquel lamparicidio se debió más a que el artefacto le parecía de un diseño horroroso que al hecho de que su enfado le impulsara a cometer semejante barbaridad).

«Bien, veamos, pensemos con calma —se dijo a sí mismo—. Los nervios y la rabia no solucionan

nada. Probablemente, en el hospital habrán asistido algunos partos al mismo tiempo, y estas personas, tan mareadas como van siempre, habrán cambiado las criaturas sin querer. Un error lo tiene cualquiera. Yo mismo, sin ir más lejos, todavía recuerdo cuando Estremecida me envió al campo a coger lirios malolientes para preparar una cataplasma para el ombligo y le traje rosas de pitiminí. ¡Ja, ja!, ¡qué desmayo le entró al notar la fragancia tan nauseabunda que despedían aquellas tiernas y frescas flores! En fin, calma y serenidad. Es preciso descubrir dónde se ha producido el error, corregirlo de la mejor manera posible y... y ya está.

»Ya se sabe —continuaba reflexionando el señor Limaco—, los centros sanitarios de la seguridad social de los humanos funcionan tan mal que los desastres y el descontrol son el pan nuestro de cada día».

A veces, desde alguna clínica humana enviaban pacientes al hospital de las brujas. Sí, seguramente se trataría de eso, de alguna repugnante pareja de humanos despistados que habrían tenido a su horrible criatura en aquel hospital y allí las habrían cambiado sin querer.

De todas maneras, y antes de hacer nada, creyó conveniente, por si acaso, comprobar por sí mismo si la criatura que acababa de nacer tenía el aspecto tan desagradable que la enfermera le había descrito. En su corazón aún anidaba la esperanza de

que todo aquello no fuera más que una broma de mal gusto.

Al entrar en la habitación sintió esperanzado el reconfortante olor de los hierbajos apestosos que allí había ordenado colocar para celebrar aquel nacimiento tan esperado.

—¡Oh, qué olor tan agradable! A ver si todavía tengo suerte y la niña es normal del todo... ¡Qué alegría si fuera así!

Estremecida roncaba como una apisonadora; no había duda de que todavía no se había enterado de nada.

El señor Avelino Limaco se acercaba poco a poco a la cuna con el corazón en un puño. Necesitaba conocer la verdad, pero temía enfrentarse a una visión poco agradable, así que cerró los ojos y pensó que no los abriría hasta que reuniera el valor necesario y se encontrara justo al lado.

Se acercaba, por tanto, a ciegas al lugar donde dormía la criatura. Pero, sin darse cuenta, puso el pie en el orinal (que afortunadamente estaba vacío), lo que hizo que perdiera el equilibrio y quedara tirado por los suelos, con el jarrón de las hierbas apestosas por sombrero. El agua del recipiente le chorreaba por la cara y venía a caerle encima de la americana nueva, aquella que se había comprado solo doscientos años antes, con ocasión de su boda con Estremecida.

Cuando el señor Limaco se hallaba inmerso en aquella situación tan comprometida, entró otra enfermera a darle el primer biberón a la pequeña y, al verlo extendido en el suelo y con las hierbas a modo de peluca, exclamó:

—Ya me imagino que todo esto debe de ser muy doloroso para un padre, pero, por favor, intente ser serio y no haga tonterías. Tirarse el florero por encima no le va a solucionar nada.

El pobre hombre estaba indignado, negro, rojo por la rabia, pero no pudo decirle ni esta boca es mía, porque, si la hubiera abierto, se le habría llenado con el agua podrida del riachuelo que le atravesaba la cara y desembocaba en la chaqueta.

—Señor Limaco, aprovechando que está aquí, cuando la pequeña se despierte le da usted mismo el biberón... ¿De acuerdo? Es que a mí se me pone la carne de gallina cuando me acerco a la cuna...

—*¡Áyahey no uelvamáa!*—masculló, como pudo, el señor Limaco.

—¡Qué hombre tan antipático! —dijo la joven mientras desaparecía por el pasillo—. Aunque, pensándolo bien, bastante desgracia le ha caído al pobrecillo, hay que ver. ¡Señor, señor, qué cruz!

Estremecida roncaba con la delicadeza de una tormenta tropical, sin saber todavía que la mala fortuna se había cebado en aquella familia tan ejemplar. Después de quitarse como pudo los hierbajos





malolientes, el hombre cerró los ojos de nuevo y se acercó a tuestas adonde estaba la cuna.

—¡Venga, Avelino, no seas tan cobarde! —se decía a sí mismo en voz alta—. Después de todo, una criatura es una criatura, aunque no sea muy agradable a la vista. Además, seguro que han exagerado un pelín.

El señor Limaco reunió todas sus fuerzas y se previno contra la visión más horrorosa que pudiera contemplar. Para darse ánimos, contó mentalmente hasta tres, dispuesto por fin a abrir los ojos y enfrentarse a la cruda realidad:

—A la una, a las dos y a las... ¡Ostras! —exclamó con los ojos como platos—, realmente las enfermeras se han quedado cortas: esto es francamente repugnante. ¡Aggg! tengo ganas de... —dijo, al tiempo que se cogía el cuello con las manos e intentaba controlar la angustia que le producía aquel panorama tan horripilante.

A consecuencia de los gritos de desesperación del marido, Estremecida se despertó de su profundo sueño.

—¡Ay, madre! ¿Dónde estoy? Pero ¿quién soy yo? ¿Hay algo para comer? ¿Qué equipo ha ganado la liga? ¿Llueve o luce el sol? ¿Cuántas moscas y cuántas arañas hay que poner en una buena paella mixta? —preguntaba sin parar la bruja, todavía bajo los efectos delirantes de la anestesia.